

prestará al fiado. Dime, Juan, si nos hemos bebido toda la bolsa del cura; dime si nos queda algun sueldo parisíe...

—La conciencia de haber gastado bien las demás horas es el justo y sabroso condimento de la mesa.

—Ombligo del papa! ¡Basta de pampinas! Decidme si os queda ó no alguna moneda. Dádmela si la teneis, porque sino voy á registraros, aunque tengais lepra, como Job, y sarna, como César.

—Caballero, la calle Galiache es una calle que sale por una parte á la calle de la Verriere y por la otra á la de la Tixeranderie.

—Ya lo sé, amigo Juan; pero ¡en nombre del cielo! despejaos; solo me hace falta un sueldo parisíe, y lo necesito á las siete.

—Callen todos y escuchen:

*Mandaré en Arras el rey
cuando coman pez las ratas,
y cuando la mar profunda
por San Juan se viere helada,
saldrán por cima del hielo
los que defiendan la plaza.*

—¡Pues bien, estudiante del Antecristo, ahorcado te veas con las tripas de tu madre! gritó Febo, empujando con fuerza á Juan del Molino, el que se resbaló al dar con la pared y cayó blandamente sobre el empedrado de Felipe-Augusto. Por un resto de piedad fraternal, que no abandona jamás al corazón del bebedor, Febo llevó rodando con el pié al estudiante hasta una de esas almohadas de piedra que la Providencia tiene preparadas en todas las esquinas de Paris, y que los ricos deshonran dándoles el nombre de basureros. Acomodó el capitán la cabeza de su amigo sobre un plano inclinado de tronchos de berzas, y éste, casi en el mismo instante, empezó á roncar con magnífica voz de bajo. Esto no obstante, el rencor no se había extinguido por completo en el corazón del capitán, y le dijo, alejándose de él:

—¡Tanto peor para tí si te recoge al pasar la carreta del diablo!

El hombre de la capa, que no cesó de seguirle, detúvose un momento ante el jóven que estaba tendido en el suelo, como agitado por cruel indecision; despues, lanzando profundo suspiro, continuó siguiendo al capitán. Nosotros le imitaremos.

Al desembocar en la calle de Saint-André-des-Arce se apercibió el capitán Febo de que le seguían, pues vió, al vol-

ver los ojos por casualidad, una sombra que se deslizaba detrás de él á lo largo de las paredes. Paróse él y se paró la sombra; volvió á andar y la sombra también. Esto poco le inquietó.—¡Bah, se dijo á sí mismo, no llevo ni un miserable parisíe!

Se paró despues delante de la fachada del colegio de Antun; en aquel colegio estudió, y por costumbre de estudiante travieso, que observaba todavía, no pasaba nunca por delante de la fachada sin hacer sufrir á la estatua del cardenal Pedro Bertrand, esculpida á la derecha del porton, la especie de afrenta de que se queja tan amargamente Priapo en la sátira de Horacio: *Olim truncus eram ficulmus*, y era tal su encarnizamiento, que casi había llegado á borrar la inscripcion *Eduensis episcopus*. Paróse, pues, ante la estatua siguiendo su costumbre: la calle estaba completamente desierta. Mientras se ataba las presillas con desenfado, mirando á todas partes sin fijarse en ninguna, vió que la sombra se le aproximaba á pasos lentos, tan lentos, que pudo observar que la sombra llevaba capa y sombrero. Cuando llegó junto á él se detuvo y permaneció tan inmóvil como la estatua del cardenal Bertrand, pero fijando en él los ojos llenos de la luz vaga que despiden de noche las pupilas del gato.

El capitán era valiente y no hubiera vuelto la espalda á un ladrón con la espada en la mano; pero aquella estatua que andaba, aquel hombre petrificado le helaron. Corrian entonces rumores relativos al alma en pena de un monje, que era un fantasma nocturno que recorría las calles de Paris, y estos rumores se agolparon confusamente á su memoria. Quedó suspenso durante algunos minutos y al fin rompió el silencio, esforzándose por reír.

—Si sois un ladrón, como creo, os vais á ver como una garza real que coge una cáscara de nuez. Soy hijo de una familia arruinada, conque llamad á otra puerta: hay en la capilla de este colegio madera de la Cruz verdadera, guardada en urnas de plata.

La mano de la sombra, que salió de bajo de la capa, cayó sobre el brazo de Febo como la garra de una águila, y al mismo tiempo la sombra habló:

—Capitán Febo de Chateaupers!

—Cómo diablos sabeis mi nombre?

—No solo sé tu nombre, repuso el hombre de la capa con voz sepulcral;

sé también que tienes una cita esta noche.

—Sí, contestó Febo estupefacto.

—Dentro de un cuarto de hora.

—En casa de la Falourdel.

—Precisamente.

—La del puente de San Miguel.

—De San Miguel Arcángel, como dice la oracion.

—Impio! murmuró el espectro. Con una mujer.

—Confiteor...

—Que se llama...

—La Esmeralda, añadió Febo alegremente, que ya iba respirando por grados su habitual insustancialidad.

Al oír este nombre, la garra de la sombra sacudió con furor el brazo del oficial y le dijo:

—¡Capitán Febo de Chateaupers, mientes!

El que hubiera visto en aquel momento el rostro inflamado del capitán, el salto que dió hácia atrás, tan violento que se desasí de la mano que le asía, el altivo continente con que echó mano al puño de la espada, y ante su cólera la inmovilidad del hombre de la capa, de seguro se hubiera estremecido. Era aquello algo semejante al combate de Don Juan con la estatua del Comendador.

—Rayos y truenos! gritó el capitán: ¡esa es una palabra que llega rara vez al oído de un Chateaupers! Atrévete á repetirla.

—Tú mientes! dijo la sombra con frialdad.

Rechinaron los dientes del capitán: alma en pena, fantasma, supersticiones, todo lo olvidó en aquel instante. Solo veía que le insultaba un hombre.

—Ah, está bien! en seguida las espadas y corra la sangre por el suelo.

Diciendo esto, el capitán, con voz sorda y palpitante, porque el despecho le hacia palpitar como el miedo, desenvainó la espada.

La sombra no se movía; cuando vió que su adversario se ponía en guardia y que iba á atacarle, dijo, y su acento vibraba con amargura:

—Capitán Febo, olvidais vuestra cita.

Los arrebatos de los hombres como Febo son sopas de leche, cuyo hervor apaga una sola gota de agua fria; las anteriores palabras bastaron á hacer bajar la espada que relucía en la mano del capitán.

—Capitán, prosiguió la sombra; mañana, pasado mañana, dentro de un

mes, dentro de diez años me encontrareis dispuesto á atravesaros de una estocada; pero ahora id á la cita.

—Es delicioso, efectivamente, contestó el capitán capitulando consigo mismo, encontrarse al mismo tiempo con una espada y con una mujer, y no veo por qué he de perder la una ó la otra, cuando puedo conseguir las dos cosas.

Cuando concluyó de decir estas palabras envainó la espada.

—Idos á la cita, repitió por tercera vez el desconocido.

—Mil gracias os doy, caballero, por vuestra cortesía, respondió Febo con algun embarazo; siempre tendremos tiempo de rompernos á cuchilladas la ropilla de nuestro padre Adán: os agradezco que me dejéis pasar todavía un cuarto de hora agradable. Contaba con dejaros tendido en el arroyo y llegar aun á tiempo á la cita, tanto más cuanto es de buen tono hacer esperar á las mujeres; pero me pareceis hombre de pró, y es mejor que dejemos el lance para mañana. Voy, pues, á la cita, que es á las siete, como sabeis.—Al llegar á este punto, rascándose la cabeza, Febo añadió: Se me olvidaba; no tengo ni un solo sueldo para pagar el alquiler del cuarto y la pícara bruja querrá que le pague adelantado, porque no se fía de mí.

—Aquí teneis con qué pagar.

Sintió Febo que la mano fria del desconocido deslizaba en la suya una ancha moneda, y tomó el dinero y estrechó la mano.

—Vive Dios! exclamó, que sois un hombre de bien.

—Con una condicion, repuso la sombra; probadme que estoy equivocado en lo que os dije y que vos habeis confesado la verdad. Ocultadme en algun rincón, desde donde pueda ver que esa mujer es la misma que me citásteis.

—Oh! respondió Febo; eso me es igual: tomaremos el cuarto de Santa Marta y podreis vernos á vuestro gusto desde el zaquizamí que está al lado.

—Venid, pues, repitió la sombra.

—Estoy á vuestras órdenes, contestó el capitán. Ignoro si sois el mismo diablo en persona, pero seremos amigos esta noche. Mañana ya os pagaré mis deudas, la de la bolsa y la de la espada.

Empezaron á andar con rapidez: al cabo de algunos minutos el murmullo del río les anunció que se hallaban en el puente de San Miguel, entonces cuajado de casas.

—Empezaré por introducirlos, dijo

Febo á su compañero, é irá luego á buscar á la jóven, que debe esperarme cerca del Pequeño Chatelet.

El compañero no respondió palabra: desde que andaban juntos no había desplegado los labios. Paróse Febo ante una puerta y tocó, dando en ella grandes porrazos; poco despues brilló una luz por entre las rendijas de la puerta.

—Quién es? preguntaron desde dentro.

—Ombligo del papa! ¡Cuernos de Belcebú! Rayos y truenos! respondió el capitán.

Abrióse la puerta en seguida y apareció ante los que llegaban una mujer vieja, con una lámpara vieja también, temblando una y otra. La vieja estaba doblada como un arco, vestida de andrajos; se bamboleaba: parecía que tenía los ojos abiertos con un punzon, arrugada de cara, cuello y manos, con los labios dentro de las encías y ostentando alrededor de la boca pinces de pelos blancos, que la daban el aspecto de un gato.

El interior del cuchitril no estaba menos destrozado que ella. Se componía de cuatro paredes de yeso, con vigas negras en el techo, una chimenea desmantelada y telarañas en todos los rincones; en el centro había unas cuantas mesas y banquillos cojos, un niño sucio sobre la ceniza y en el fondo una escalera, ó mejor dicho, una escala de madera, que desembocaba en una trampa abierta en el techo.

Al penetrar en aquella guarida el misterioso compañero de Febo se embozó hasta los ojos. El capitán, jurando, se apresuró á *hacer en un escudo brillar el sol*, como dice el admirable Regnier.

—El cuarto de Santa Marta, dijo.

La vieja le trató de monseñor y encerró el escudo en un cajón. Esta era la moneda que el hombre de la capa entregó antes á Febo. Mientras la vieja volvió las espaldas, el chiquillo sucio y zarzapastoso, que jugaba con la ceniza, se aproximó con agilidad al cajón y sacó de él el escudo, poniendo en su lugar una hoja seca que acababa de arrancar de una rama.

Hizo señal la vieja á los dos gentiles-hombres, como ella los llamaba, de que la siguieran, y subió la escalera delante de ellos. Cuando llegaron al piso superior dejó la lámpara sobre un cofre, y Febo, conoedor de la casa, abrió una puerta que comunicaba con un oscuro zaquizamí.

—Entrad aquí, le dijo á su compañero.

El hombre de la capa obedeció sin pronunciar una sola palabra; la puerta se cerró tras él. Oyó que Febo le echaba el cerrojo, y un momento despues que bajaban la escalera éste y la vieja. La luz había desaparecido.

VIII.

Utilidad de las ventanas que dan sobre el río.

Claudio Frollo (pues el lector le debe haber conocido) andó á tientas bastante rato por el escondite tenebroso en que le encerró el capitán. Era uno de los escondrijos que reservan á veces los arquitectos en el punto de union del techo con una pared maestra. Del corte vertical de aquel cuchitril, como propiamente le llamó Febo, hubiera resultado un triángulo; no tenía ventana ni respiradero, y el plano inclinado del suelo impedía poder estar de pié. Acurrucóse, pues, Claudio entre el polvo y la argamasa que se aplastaba debajo de él; ardia su cabeza; registrando á su alrededor, sus manos hallaron un vidrio roto, que apoyó contra la frente, cuya frescura le prestó algun alivio.

¿Qué pasaba en aquel momento en el alma tenebrosa del arcediano? Solo él y Dios han podido saberlo. ¿En qué orden fatal colocaba en sus pensamientos á Esmeralda, á Febo, á maese Jaime, á su hermano Juan, que había abandonado tendido en medio de la calle; su sotana de arcediano, su reputación quizás prostituidas en casa de la Falourd, todas esas imágenes y todas estas aventuras? No sé decirlo, pero es lo cierto que esas ideas formaban en su mente un grupo horrible.

Solo un cuarto de hora llevaba de esperar y le parecía que había transcurrido un siglo: de pronto oyó crujir las tablas de la escalera de madera; alguien subía. La trampa se abrió y reapareció la luz. Había en la puerta carcomida de su cuchitril una hendidura bastante ancha y en ella pegó la cara; de este modo podía ver todo lo que pasara en el cuarto inmediato. La vieja de faz de gato salió primero de la trampa, despues Febo retorciéndose el bigote, y últimamente una tercera persona, la hermosísima Esmeralda. El sacerdote la vió salir de bajo de la tierra como deslumbradora aparición. Claudio tembló y espesa nube oscureció su vista; sus arterias latieron con violencia; parecióle que todo rugía y daba

vueltas á su alrededor: luego nada vió ni oyó.

Cuando volvió en sí, Febo y Esmeralda estaban solos, sentados sobre el cofre de madera, al lado de la lámpara, que destacaba á la vista del arcediano las figuras de los dos jóvenes, y una cama miserable en el fondo del tugurio. Al lado de la cama había una ventana, cuya vidriera desvencijada dejaba ver á través de sus agujeros una parte del cielo y la luna reclinada á lo lejos sobre blando lecho de nubes.

La jóven estaba encendida, confusa y palpitante. Sus largas pestañas, inclinadas, sombreaban sus mejillas de púrpura. El oficial, á quien ella no se atrevía á mirar, estaba orgulloso de verse á su lado. Maquinalmente y con expresión de encantadora sencillez, ella trazaba con la punta del dedo sobre el cofre líneas incoherentes y se miraba el dedo. No se la veían los diminutos piés, sobre los que estaba echada la cabra y los cubria.

El capitán vestía ricamente y llevaba en el cuello y en las muñecas abundancia de abalorios, que eran muy de moda en aquella época.

Don Claudio apenas podía oír lo que se decían los dos jóvenes al través del bullir de la sangre que hervía agolpada en sus sienes. (Cosa trivialísima es una plática amorosa para el que la escucha; es un *yo te amo perpétuo*; frase musical desnuda é insípida para los indiferentes cuando no la embellecen algunas *floriture*; pero Claudio no oía con indiferencia.)

—Oh! decía la jóven sin levantar la vista del suelo; no me despreciéis, monseñor Febo, que yo conozco que lo que hago está mal hecho.

—Despreciaros, vida mia! respondió el militar con protectora galantería; despreciaros! y por qué?

—Por haberos seguido hasta aquí.

—Hija mia, no estamos de acuerdo sobre este punto. Yo debía no despreciaros, sino aborreceros.

La jóven le miró aterrada.

—Odiarme! pues qué daño os hice?

—Os hicisteis rogar demasiado.

—Ay! es que quebranto un voto. Ya no podré encontrar á mis padres y mi amuleto perderá la virtud. Pero, ¡qué importa! ¿qué necesidad tengo ya de padre ni de madre?

Hablando así fijaba en el capitán sus rasgados ojos negros, húmedos de alegría y de ternura.

—Lléveme el diablo si os entiendo exclamó Febo.

Esmeralda permaneció un momento silenciosa; luego salió una lágrima de sus ojos y un suspiro de sus labios, y dijo:

—Oh, señor! yo os amo!

Fluía de aquella criatura tal perfume de castidad, tal prestigio de virtud, que Febo no se encontraba perfectamente satisfecho á su lado; pero estas palabras le infundieron valor.

—Me amais! exclamó arrebatado, y echó el brazo alrededor de la cintura de la gitana.

El sacerdote lo vió y probó en la yema del dedo la punta de un puñal que llevaba oculto en el pecho.

—Febo, prosiguió la gitana desprendiéndose suavemente de la cintura las tenaces manos del capitán; sois bueno, sois generoso, sois gallardo, me habeis salvado la vida, á mí, que soy una criatura perdida de la Bohemia. Hacia mucho tiempo que soñaba que un oficial me salvaba la vida, y es que os soñaba antes de conoceros. Mi sueño ostentaba un hermoso traje como ese, un porte bizarro como el vuestro. Os llamais Febo, que es nombre precioso. Me enamoran vuestro nombre y vuestra espada. Desenvainadla, Febo; quiero verla.

—Vaya un infantil capricho! le contestó el capitán sonriendo y sacando la espada.

Miró la gitana el puño, la hoja, examinó con alegría pueril la cifra de la guarnición y besó la espada, diciéndola:

—Eres la espada de un valiente; yo amo á mi capitán.

Febo se aprovechó de tan favorable ocasión para depositar sobre el hermoso cuello doblado un beso, que hizo levantar el semblante de la jóven, rojo como una cereza. El sacerdote rechinaba los dientes en la oscuridad.

—Febo, dijo la gitana, dejadme que os hable. Andad un poco, que yo vea lo alto que sois y que oiga sonar vuestras espuelas. Qué hermoso sois!...

El capitán se levantó por complacerla, riéndola, pero sonriéndose con satisfacción.

—Eso son niñerías! Dime, ¿me has visto alguna vez con el uniforme de gala?

—No, no, respondió ella.

—Aquel sí que es hermoso.

Febo se volvió á sentar, pero mucho más cerca de Esmeralda.

—Escucha, vida mia...

La egipcia le dió algunas palmaditas en la boca con su delicada mano, con una puerilidad graciosa, alegre y apasionada.

—No, no, yo no quiero escucharos. Quiero saber si me amais.

—Que si te amo, ángel de mi vida! gritó el capitán arrodillándose. Mi cuerpo, mi sangre, mi alma, todo es tuyo, todo es para tí. Te amo y nunca amé á nadie más que á tí.

Tantas veces habia repetido el capitán esta frase en ocasiones semejantes, que la dijo de memoria y seguida, sin detenerse para tomar aliento. Al oír esta apasionada declaración, la gitana levantó una mirada llena de felicidad celestial al inmundo techo que hacia las veces de cielo, y exclamó:

—¡Este es el momento en que se debiera morir!

Febo encontró bueno *este momento* para darla un segundo beso, que martirizó en su escondrijo al desventurado arcediano.

—Morir! exclamó el fogoso capitán. Qué es lo que estás diciéndo, ángel mio? Este es precisamente el momento de vivir. Morir ahora! Vaya una tontería! Escúchame, mi querida Similar, me equivoco, mi querida Esmeralda. Perdóname, pues tienes el nombre tan prodigiosamente sarraceno, que casi nunca lo acierto. Es como una barrera que no me deja pasar adelante.

—Dios mio! ¡á mí que me parecia tan bonito!... Pero ya que no os gusta, quisiera llamarme Gotón.

—¡No nos incomodemos por tan poco, vida mia! Es un nombre que es preciso acostumbrarse á él y nada más, y yo ya me acostumbraré. Escúchame, querida Similar, te adoro con verdadera pasión; te amo tanto, que has logrado hacer conmigo este milagro; ya sé que por esto hay otra mujer que se muere de rabia.

—Quién? le interrumpió con rapidez la celosa gitana.

—Qué nos importa! No me amas? dijo Febo.

—Oh, sí!...

—Pues bien, esto es lo importante. Ya verás como yo te amo también. Quiero que me atraviere con su tridente el diablo de Neptuno si no eres conmigo la mujer más feliz del mundo. Tendremos una casita muy bien arreglada para los dos: pasaré revista á los arqueros delante de tus ventanas. Todos van á caballo y se burlan de los del capitán Mignon; mando á maceros, á ballesteros y á culebrineros de mano. Te enseñaré los

grandes monstruos de París en la granja de Rully; son magníficos. Te llevaré á ver los leones del palacio del rey, que son terribles fieras y que á todas las mujeres les gustan.

Hacia ya algunos instantes que estaba la jóven absorbida en sus deliciosos pensamientos y solo oía el eco de la voz de Febo, sin atender al sentido de sus palabras.

—Serás muy feliz, prosiguió diciéndola el capitán, y al mismo tiempo desataba con suavidad el cinturón de la gitana.

—Qué estais haciendo? dijo ella de pronto. Este *acto* del capitán la atrajo á la realidad.

—Nada, respondió Febo; solo decia que debes abandonar ese traje callejero y caprichoso cuando estés conmigo.

—Cuando esté contigo, Febo mio! exclamó con ternura Esmeralda, y volvió á quedar pensativa y silenciosa.

El capitán, alentado al encontrar tanto cariño, cogió á la gitana por la cintura, sin encontrar resistencia; después fué desatando poco á poco el corpiño de la jóven, y tanto desarrugó la gorguera, que el infeliz sacerdote vió salir entre la gasa desnuda la hermosa espalda de la hechicera egipcia.

Esta dejaba obrar á Febo, como si no notase lo que éste hacia: los ojos del atrevido capitán chispeaban.

De repente, volviéndose hácia él, le dijo Esmeralda, con la expresion de amor infinito:

—Quiero que me instruyas en tu religion.

—En mi religion! exclamó el capitán soltando una carcajada. ¡Rayos y truenos! para qué necesitas mi religion?

—Para casarnos, respondió ella.

Al oír esta respuesta, el rostro del capitán expresó á un tiempo la sorpresa, el desprecio, la insustancialidad y el libertinaje.

—Bah!... dijo; ¿pues quién trata de casarse?

Palideció la gitana y con honda tristeza dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Bella enamorada, qué locura es esa? prosiguió tiernamente Febo; para que rernos mucho no necesitamos del matrimonio.

Hablando así con el acento más dulce que encontró en su garganta, acercóse todo lo que pudo á la gitana, ciñendo cariñosamente la hermosa y delicada cintura de la jóven; sus ojos chispeaban más cada vez; Febo habia llegado ya

á uno de esos momentos en los que el mismo Júpiter comete tantas tonterías, que el buen Homero se vé obligado á apelar al recurso de una nube.

Dom Claudio lo veía todo: la puerta del cuchitril estaba formada de tablas de cubas enteramente podridas, que dejaban entre una y otra paso á su mirada de ave de rapiña. El robusto sacerdote, de anchas espaldas y de tez morena, condenado hasta entonces á la austera virginidad del claustro, se estremecía, hirviéndole la sangre ante aquella escena de amor y de voluptuosidad. La jóven Esmeralda, entregada á aquel ardiente mancebo, hacia circular por sus venas plomo derretido. Sentía en su corazón movimientos extraordinarios: sus ojos penetraban con celosa lascivia al través de las ropas casi desceñidas de la gitana. El que hubiera visto en aquel instante el rostro del arcediano pegado á las tablas hendidas, hubiera creído ver la cara del tigre mirando desde el fondo de la jaula á un hambriento chacal que devora á una gacela. Sus ojos llameaban como velas encendidas al través de las rendijas de la puerta.

De repente Febo arrancó la gorguera de la gitana. La pobre jóven, que hasta entonces estuvo pálida y pensativa, salió despavorida de su letargo: alejóse bruscamente del atrevido oficial, miróse la garganta y los hombres desnudos, y ruborizada y muda de vergüenza, cruzó los dos brazos sobre el seno para ocultarle. Si una llama no encendiera sus mejillas, quien así la hubiera visto, con la vista inclinada al suelo, silenciosa é inmóvil, la hubiera tomado por la estatua del pudor.

La osadía del capitán descubrió el misterioso amuleto que pendía del cuello de la gitana.

—Qué es eso? preguntó éste aprovechando este pretexto para acercarse á la tímida jóven que acababa de asustar.

—No lo toqueis, repuso Esmeralda con viveza; es el ángel de mi guarda. El me hará encontrar á mi familia, si soy digna de que la encuentre. ¡Oh, dejadme por piedad!... Madre mia!... madre mia, dónde estás? socórreme! ¡Gracias, señor capitán!... ¡Devolvedme la gorguera!...

Retrocedió Febo y la dijo con estudiada frialdad:

—Ah, Esmeralda!... ¡ya veo que no me amais!...

—Que yo no te amo! exclamó la pobre niña, y al mismo tiempo se colgó del

cuello del capitán, que hizo sentar cerca de ella. Que no te amo, Febo!... Eso, pérfido, lo dices para desgarrarme el corazón. Haz de mí lo que quieras; tómate, soy tuya. ¿Qué me importa el amuleto, ni qué me importa mi madre? A tí solo yo te amo. Febo, Febo mio, me quieres? Soy yo, mírame. Soy esa infeliz que tú no desprecias y que viene á buscarte. Mi alma, mi vida y mi cuerpo son una misma cosa, y ésta te pertenece, capitán mio. Pues bien, no nos casaremos, ya que esto no te complace; porque, ¿qué soy yo? una miserable bailarina de las calles, hija de la fatalidad, mientras que tú eres un gentil-hombre. Seria una locura que una bailarina se casase con un capitán. No, Febo, no; seré tu querida, tu juguete, tu pasatiempo, mancillada y despreciada como estoy; pero seré amada por tí, y todo lo demás nada me importa. Me creeré la más alegre y la más feliz de las mujeres. Y si quedo fea ó llego á ser vieja, cuando no sirva para que me ames, entonces te serviré como una esclava. Otras te bordarán bandas, yo te las cuidaré. Limpiaré tus espuelas, cepillaré tu uniforme, daré lustre á tus botas. ¿No es verdad, Febo mio, que lo consentirás? Entre tanto, Febo, tómate, tuya soy, pero ámame, ámame por compasión. Las gitanas solo necesitamos aire y amor.

Entre tanto, Esmeralda echaba los brazos al cuello del oficial y le miraba de arriba á bajo, suplicante, sonriendo y llorando á un mismo tiempo; su delicado seno se rozaba con el uniforme y con los bordados del capitán, y plegaba sobre las rodillas de éste su cuerpo medio desnudo; Febo, delirante, clavó sus labios de fuego en las bellas espaldas africanas; la jóven egipcia, echada hácia atrás, se estremecía y palpataba al recibir aquel beso ardiente.

De repente, encima de la cabeza de Febo vió otra cabeza; un rostro lívido, verde, convulsivo, que lanzaba miradas de réprobo; junto á aquel rostro apareció una mano que levantaba un puñal. Eran la cara y la mano del sacerdote, que habia roto la puerta y que se acercó á los dos amantes. Febo no podia verle. La jóven quedó inmóvil, helada y muda al ver la espantosa aparición, como una paloma que levanta la cabeza en el momento en que el azor mira su nido con sus ojos redondos.

No pudo ni lanzar un grito: vió bajar el puñal hasta llegar á Febo y volver á subir humeante.